
¿ES POSIBLE LA DEMOCRATIZACIÓN DEL SISTEMA SOVIÉTICO?

Karl S. Karol

análisis y debate



2

Para comenzar, tomaré de Fernando Claudín la *boutade* que él pronunció en el coloquio del «Manifiesto» en Venecia, en noviembre de 1977: «*También en el pesimismo hace falta moderación*». El tema que hoy se me ha pedido que trate testimonia, en efecto, un pesimismo excesivo; refleja toda una teoría, muy en boga actualmente en Occidente, según la cual el totalitarismo ordinario, el de las dictaduras sudamericanas, por ejemplo, podría admitir cambios, no así el de la URSS y su bloque. Aparentemente, la izquierda ha renunciado a su optimismo pasado, cuando creía en una inevitable democratización de las sociedades del Este, y parece poner en duda que ese sistema sea susceptible de democratizarse de alguna manera.

Esta visión, aunque humanamente comprensible después de un cuarto de siglo de esperanzas frustradas, no deja de ser por ello excesivamente pesimista y «falta de moderación», como diría Fernando Claudín. No permite analizar y comprender toda una evolución que ya ha tenido lugar en el Este durante los últimos treinta años. Si

se los compara con lo sucedido en América del Sur en el mismo período, quedaría demostrado que, entre la desaparición momentánea de los tiranos y su retorno por la fuerza al poder, han tenido lugar oscilaciones mucho más brutales y más costosas en vidas humanas. Basta recordar, a este respecto, la historia de Brasil después de la caída de Getúlio Vargas o de Argentina después de la de Juan Perón, sin olvidar los dramas de Chile y Uruguay, caídos entretanto bajo la bota de los dictadores militares. Pero mi propósito no es refutar tal o cual teoría, elaborada de prisa con el solo fin de establecer una especie de jerarquía entre los totalitarismos y de calificar el de la URSS como el peor de todos. Más sencillamente, yo no creo que el sistema soviético sea inmutable, fijado por toda la eternidad en el mal estalinista y en el gulag, ni que evolucione sólo hacia atrás, yendo de Escila a Caribdis.

Por otra parte, el escepticismo implícito de la cuestión que se me plantea me resulta, sin duda, más conveniente, porque me sentiría mucho más embarazado si se me pidiese que exponga mis previsiones sobre la democratización del sistema soviético y que describa los argumentos más probables. Los acontecimientos de la Europa del Este, en el curso de los dos últimos decenios, nos ha dado, como soviólogos, más bien una lección de modestia. Me limitaré a citar dos para demostrar la dificultad de apreciar —y por tanto de prever—, la dinámica interna de estas sociedades:

a) Al comienzo de los años sesenta, en Polonia, en Hungría y en otras democracias populares, había ciertas tesis en boga sobre la especificidad del P.C. checoslovaco: en razón de su rusofilia tradicional, habría sido incapaz de hacer cualquier cosa que disgustase a Moscú. Se trataba generalmente de teorías bien documentadas, apoyándose a la vez en la historia del P.C.Ch. y sobre el conjunto de las relaciones soviético-checoslovacas, antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Pero siendo particularmente lentos los plazos de aparición de publicaciones universitarias, algunas de estas tesis no han visto la luz hasta 1968, cuando el «nuevo curso» de Alexandre Dubcek les daba ya un violento mentís.

b) El segundo ejemplo es aún más convincente: en junio de 1979, pude aprovechar el viaje a Varsovia de Jean-François Poncet, Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, para pasar unos días en esa ciudad con los universitarios contestatarios, futuros dirigentes o consejeros de «Solidaridad». Su análisis del fracaso económico del régimen de Gierek era implacable, pero llegaba a unas conclusiones ultrapesimistas, y ninguno de mis interlocutores había considerado, aun a título de hipótesis improbable, el nacimiento en Polonia, un año más tarde, del primer sindicato independiente y autogenerado de toda la historia del bloque soviético.

En verdad, estos dos grandes sobresaltos, en Checoslovaquia en 1968 y en Polonia en 1980— y también la insurrección húngara en 1956—, tuvieron lugar en la periferia del sistema soviético y fueron ahogados —en mi opinión, temporariamente en lo que concierne a Polonia—, por la intervención directa o indirecta de la URSS, la que parece permanecer a salvo de trastornos semejantes. Al menos tal es, en el Este, la impresión de los principales interesados, víctimas de la normalización en sus países, y de la mayoría de los expertos occidentales. Sin embargo, muchos datos recientes sobre la situación en la URSS parecen indicar que, allí también, las cosas son menos fijas de lo que se podría creer y que tal vez nos reserven sorpresas.

Antes que aventurarme en profecías —con el riesgo de verlas rápidamente desmentidas—, propongo aquí un pequeño plan, forzosamente subjetivo, sobre el estado actual del sistema soviético. Se funda sobre todo en mis recuerdos de la Rusia en guerra y en mis contactos con la generación siguiente de los soviéticos, más que en

las estadísticas que muestran el actual marasmo económico o la amplitud de las nuevas cristalizaciones sociales en la URSS. Desde luego, mi análisis-testimonio se inserta en el cuadro de los datos globales que ya han sido tratados durante los tres días del presente simposio.

1) Llegado muy joven a la URSS —a la edad de 15 años y cuatro meses—, para conocer la nueva realidad estaba obligado a compararla con la que había conocido antes en Polonia, en el mundo capitalista. Así, pude constatar empíricamente que la Revolución de Octubre había arrastrado a escena a una enorme masa de gente, pero privándola enseguida de la dimensión política. Mis compañeros del último curso del Liceo de Rostov, o en el sector muy elitista de la aviación, o más tarde aún, en la Universidad, habían surgido casi todos de capas sociales muy modestas: en la antigua Rusia no habrían podido ascender tan alto en la escala de las competencias. Sin embargo, al ser alumnos en una sociedad muy aislada del mundo exterior y que evitaba todo debate político, se encontraban en la imposibilidad de forjarse una conciencia crítica y no pretendían de ninguna manera intervenir en el dominio reservado del Partido, que era justamente la política. En este sentido, indiscutiblemente, la naturaleza del régimen había influido sobre ellos, frustrándoles las potencialidades que habrían podido representar y obligándoles a desplegar todas sus facultades en la esfera de las preocupaciones privadas. Pero, al mismo tiempo, en razón de las debilidades de la vida cotidiana, estos hombres y estas mujeres de mi generación, en la URSS, estaban obligados a interrogarse sobre su situación concreta y sobre su porvenir. No eran, por tanto, seres aplastados y satisfechos que ejecutaban sonrientes todas las órdenes de sus superiores. Todo era contradictorio en sus existencias —en nuestras existencias, en efecto, porque la mía no era diferente—, y la dificultad misma de la vida nos inmunizaba de alguna manera contra una uniformización muy grande y, con más razón, contra el fanatismo. Sin duda, a medida que la guerra avanzaba, el culto de Stalin no dejaba de aumentar porque, en esa época, todo el mundo, y con toda sinceridad, le atribuía el mérito de la victoria inminente. Ese era el fenómeno más peligroso para la identidad y la cultura de los soviéticos, porque Stalin aprovechaba el capital de confianza de la población para imponerle sus mitos doctrinales, cada vez más nacionalistas, al mismo tiempo que encaraba, a partir de 1946, una nueva represión particularmente terrible en el mundo intelectual.

2) Sin embargo, para poder perpetuar un sistema tan masivamente centrado sobre la autoridad de su jefe, fue necesario proclamar, en el momento de su muerte, que los ángeles habían guiado a Stalin directamente al cielo. Me parece que fue Andrei Siniawski quien dijo esto a finales de los años cincuenta, pero lo cito de memoria y, de todas maneras, sabemos que el Kremlin no ha mantenido la solución consistente en deificar a Stalin. Desde el día siguiente de su deceso, sus sucesores optaron, al contrario, por poner en sordina el antiguo culto, de manera que aun el film sobre sus funerales no fue difundido y que todas las recensiones consagradas a su obra se pusieron en la picota. Además, después de tres años de batallas internas, Nikita Krushev pronunció a puerta cerrada su «informe secreto» sobre Stalin y, todavía cinco años más tarde, en 1961, hizo retirar sus restos embalsamados del mausoleo de la Plaza Roja. El método elegido por Krushev consistía, entonces, en someter a los soviéticos a una serie de electrochoques, pero al no ser ninguno suficientemente fuerte, su efecto curativo se reveló mediocre. Para esto había al menos dos razones, que todos nosotros conocemos, pero que, sin embargo, conviene recordar, porque están de nuevo de actualidad, a causa de la inevitable renovación de la generación de los gobernantes del Kremlin. Krushev y su entorno no podían criticar por todas partes el Gulag, porque habían sido directamente responsables, junto a Stalin, de su existencia y, por tanto, de los millones de víctimas que había producido. Lanzar la principal censura sobre el antiguo dictador —y solamente por ciertas purgas (la del C.C. estalinista de 1937 y la

del ejército en 1938)— era una cosa; abrir el conjunto de los *dossiers* de la represión habría sido una cosa muy diferente, que ni Krushev y con más razón Brezhnev habían considerado nunca. La «desestalinización», en estas condiciones, no consistió en una revisión crítica del pasado soviético; simplemente marcó el fin del recurso de las purgas indiscriminadas y del empleo del trabajo forzado para la edificación del «socialismo real». Desde luego, esta garantía contra el terror la necesitaba en principio la clase dirigente para sí misma, pero parece evidente que el conjunto de la sociedad ha disfrutado de ella y que hoy, treinta años después de la muerte de Stalin, este dato debe ser tenido en cuenta en todo análisis serio sobre el comportamiento de los soviéticos (sobre todo los que ya han crecido en una sociedad menos presa del terror, y que no conocen el Gulag a la antigua usanza).

3) El segundo electrochoque parcial ha sido un fracaso, porque el anterior era insuficiente: no pudiendo o no queriendo abrir el debate sobre el pasado y rehabilitar la práctica de la política, Krushev y después Brezhnev no lograron renovar la máquina económica ni insuflarle una fuerte dinámica de crecimiento. No ha habido cambios de comportamiento en la URSS entre los empresarios ni entre los trabajadores; los hábitos que se habían creado durante el período precedente persisten hasta hoy, y contradicen de una manera flagrante la doctrina oficial sobre la identidad de los intereses entre la colectividad y cada uno de los individuos. No sé si se trata, de parte de estos últimos, de una forma de resistencia deliberada contra el productivismo que la clase dirigente intenta imponerles (de hecho, no lo creo). En mi opinión, el individualismo de los soviéticos y su astucia en detrimento de la colectividad, resultan, a pesar de la elevación del nivel de vida, de la imposibilidad en que se encuentran de satisfacer, en el cuadro legal, sus necesidades materiales y culturales. Pero los que pretenden que el «homo sovieticus» está perfectamente adaptado a esta situación y que es, por tanto, un instrumento dócil, incluso el cómplice del sistema, se equivocan grandemente. En realidad, la mayoría de los soviéticos, y sobre todo los que se sitúan en lo bajo de la escala social, sufren la necesidad de especular y de recurrir al sistema D como un ultraje a su dignidad, y sienten estar obligados, para vivir, a recurrir a estos métodos que responden a la ilegalidad. También esto lo sé por experiencia, porque en la época en que viví en la URSS habría podido parecer yo también un «homo sovieticus», muy a gusto en su papel de trapacero, cuando no me convenía en absoluto, así como tampoco le placía a mis amigos. Desconfío entonces muy seriamente de ese género de generalizaciones despectivas que están muy en boga en las altas esferas del régimen, y que encuentran un eco entre los disidentes que provienen de allí.

4) ¿Cómo es que, por consiguiente, el régimen postestalinista, a pesar de su falta de ideología, su incapacidad para satisfacer materialmente al pueblo y la ausencia de un terror de masas, logra, sin embargo, impedir toda manifestación seria de oposición y cortar de raíz cualquier tentativa de abrir un debate político sobre la suerte del país? La respuesta reside, al menos en parte, en la memoria colectiva de los soviéticos, porque los sobrevivientes del gran terror siguen allí y no dejan nunca de recomendar la mayor prudencia a las nuevas generaciones. El aparato de encuadramiento, muy hipertrofiado, permanece, por otra parte, siempre en su sitio y, aunque ya no practiquen ahora más que una represión selectiva contra los que se atreven a aventurarse en el terreno prohibido de la política, intimida, con toda evidencia, al conjunto de la población. Según un eminente economista polaco, en la historia de su país existe una fecha crucial y muy positiva: el día en que, creo que en 1971, la milicia fue equipada con porras; antes eran inútiles porque, a la sola vista de los uniformes, las personas se apartaban. En la URSS siempre se está en la época de «antes de las porras».

Un segundo elemento a retener es que la vida asociativa en la antigua Rusia era extremadamente poco desarrollada, y el sistema soviético la ha extirpado desde hace mucho tiempo en sus últimos vestigios. Contrariamente a países como Polonia (a causa de la iglesia) o Checoslovaquia, donde siempre existieron ciertas afinidades entre las personas que habían pertenecido a los mismos partidos o congregaciones, en la URSS la sociedad se mostraba aún más atomizada y toda comunidad política debe entonces partir de cero, lo que hace a esta empresa extremadamente difícil.

Destaquemos además que las barreras que separan los diversos estratos de la sociedad parecen más cerradas en Rusia que en las democracias populares. Entre los intelectuales y los simples trabajadores, las comunicaciones han sido reducidas al mínimo estricto y no se ven generalmente más que de lejos, sin conocerse y sin simpatía. Los raros testimonios de los unos y de los otros revelan, en efecto, una incomprensión profunda: para un buen intelectual, exasperado por el retraso productivo del país, un obrero es un indolente por excelencia, mientras que un obrero, por su parte, considera que los que trabajan con su cerebro se enriquecen sin vergüenza y son los principales beneficiarios del régimen. Los raros opositores obreros llegados a Occidente, como Ivanov por ejemplo, me han dicho, por otro lado, que en las fábricas la «disidencia» se toma como un fenómeno elitista y que para nada se ocupa de sus problemas.

Todo esto explica, en mi opinión, el fracaso de un movimiento «por los derechos del hombre», nacido alrededor del «Samizdat» inmediatamente después de la invasión de Checoslovaquia en 1968, movimiento que el muy metódico jefe de la KGB, Yuri Andropov, ha logrado reducir al silencio después de once años de batalla solapada. Desde la deportación de Andrei Sajarov a Gorki, en 1980, los corresponsales extranjeros no reciben ya sus comunicados contra la guerra de Afganistán y, a juzgar por las apariencias, el buen orden no es alterado ya por nadie.

5) A partir de 1976, mientras la KGB lanzaba su asalto final —con un cierto recelo de legalidad socialista—, contra los que «pensaban distinto» y lo decían, en el conjunto de la URSS se desarrollaba un fenómeno no muy curioso y mal comprendido en Occidente: Leónidas Berzhnev, ya muy enfermo, se volvía el objeto de un culto de la personalidad copiado directamente, hasta en los detalles, del de Stalin, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Sus retratos gigantes invadían el paisaje de las ciudades y de los campos; se proclamaba que él no era ya el gran lingüista, como Stalin, sino un memorialista y un escritor de genio, debidamente recompensado por el premio Lenin de literatura. En el «Pravda», los trabajadores de las grandes empresas informaban a este jefe bien amado sobre sus éxitos productivos, exaltando la sabiduría de sus planes y el reconocimiento a su persona, tratándolo de «querido Leonid Illich». Durante este tiempo, en el extranjero, se intentaba adivinar la naturaleza exacta de la enfermedad de este «querido» líder y se hacían interrogantes sobre cómo un gran país como la URSS podía funcionar bajo la dirección de un hombre incapaz de trabajar más de tres o cuatro horas por día.

Sin embargo, el culto a Brezhnev que, como toda historia que se repite, rozaba lo farsesco, era revelador de la perplejidad y de la indigencia espiritual de toda la generación de dirigentes estalinistas que lo rodeaban. En su homenaje, todos tenían fijada la imagen de una URSS que había aprendido de memoria el «Resumen de la historia del P.C. (b)» y no sabía qué hacer con él, pero que había terminado por identificarse con su líder supremo, mostrando antes fe en su persona que en la doctrina del régimen. Es entonces por este rodeo, más que por intentar formular las grandes verdades del «socialismo real», como el equipo brezhneviano se proponía mejor integrar a los ciudadanos a la sociedad y asegurarles un mejor funcionamiento.

Aberrante desde el principio, la política del culto de Brezhnev, en mi opinión, dio el golpe final a lo que aún quedaba de la credibilidad del P.C.U.S. (es decir, muy poca cosa). Desde entonces, el divorcio entre la verdad oficial y las verdades de los diferentes estratos de la sociedad se ha hecho total. Ya ni siquiera es posible enmascararla con la cortina de humo del triunfalismo estadístico (menos aún cuando, en nuestros días, estas estadísticas ya no son muy lúcidas). Los libros que aparecen en la URSS, los filmes, las piezas de teatro, no son más que la cima visible de un iceberg compuesto de una multitud de verdades parciales, pero sistemáticamente diferentes de la que «Pravda» continúa proponiendo como la única «verdad marxista-leninista» científica.

Exhibida en el mes de marzo, la comedia de Eldar Riazanov, «Una estación para dos», ha batido ya todos los records de taquilla del cine soviético, habiendo registrado más de 35 millones de entradas. Riazanov ya no es muy joven —ha pasado los cincuenta—, y no es un disidente. Su maestro es Frank Capra y él declara «urbi et orbi» que su fin es hacer que los espectadores se rían de sus propias costumbres, las de la alta sociedad y las de los pequeños especuladores de una estación de provincia. La censura lo ha dejado hacer porque un alto dirigente de Leningrado ha estimado que la risa constituye, para la cólera, una excelente válvula de seguridad.

Por otra parte, según los testigos franceses, las salas de la URSS se desternillan de risa durante la proyección del film de Gleb Panfilov, «Vassa», cuando la revolucionaria Raquel entona el canto de los socialistas de 1913: «Nos desembarazaremos del viejo mundo, nos sacudiremos el polvo de los zapatos». Pero es preciso creer que para el público de Moscú y de Leningrado —las metrópolis más instruidas del país—, esta ruptura con el «viejo mundo» aparece como altamente cómica, bien porque no ha tenido lugar, bien porque no ha aportado los frutos esperados, o inclusive por otras razones que Máximo Gorki, el autor de «Vassa», no había previsto.

Prefiero no citar otros ejemplos del arte o de la literatura de alusiones, que disfrutan de un gran auge en la URSS, para no comprometer a sus autores y también para no atribuirle demasiada importancia a un fenómeno del que aún no estamos en condiciones de captar toda la significación. En algunos aspectos, parece reflejar un clima político-cultural que otros países de la Europa del Este habían conocido en la víspera de las grandes agitaciones políticas, pero sabemos, por otra parte, que la URSS no se asemeja en absoluto a Checoslovaquia o a Polonia.

6) Igualmente, hay que señalar de manera breve que la sociedad soviética reproduce en su seno todas las enfermedades bien conocidas de las otras sociedades industriales, y que la prensa oficial habla de ellas a medias palabras pero no indica remedios. Esto concierne al deterioro de la vida familiar, que se traduce por una ola creciente de divorcios y por el número muy elevado de niños sin padre, así como todas las formas de criminalidad, comprendido en ellas el aumento del número de violaciones (tema, no hace mucho, tabú en la prensa soviética). Por fin, está la proliferación de los marginales, algunos segregados por el régimen (los BOMJ), el que, después de haberlos encarcelado, no sabe reinsertarlos en la sociedad, y otros, surgidos de familias acomodadas, que proclaman no tener ninguna vocación para la vida productiva. En la escala de un país de las dimensiones de la URSS, esto forma, en todo caso, grupos humanos que viven por su propia cuenta, sin control, lo que hace poco tiempo habría sido impensable.

7) ¿Qué relación hay entre todos estos hechos (que confirman simplemente la existencia de una crisis profunda —política, moral y material), y la perspectiva de una democratización de la URSS? A corto plazo, la respuesta sería aventurada, porque

se me asegura que este país está habituado a vivir en la dificultad y al mismo tiempo que, no estando ya en la miseria, no corre el riesgo de conocer revueltas salvajes. Algunos soviéticos, que no son ni ortodoxos ni disidentes —es la categoría más difundida—, pretenden entonces que la actual situación puede durar aún bastante tiempo y que, contrariamente a la profecía de Andrei Amalric, la URSS entrará sin problemas no sólo en el año 1984 sino también en el 2000.

Además, por el contrario, y sin ser demasiado optimistas o apocalípticos, afirman que los plazos están a punto de precipitarse y que algunos cambios, mucho tiempo retardados, se vuelven inevitables. Y esto por una razón que, al menos, parece indiscutible: la necesidad de un relevo de las generaciones en la cumbre del poder y aun en el conjunto de la clase dirigente. El año pasado, cuatro dirigentes supremos, comprendiendo entre ellos el secretario general Brezhnev, han muerto en el término de cuatro meses, y el Politburó del P.C.U.S. está reducido a once miembros. Para ganar tiempo, los once de la cumbre han elegido a Yuri Andropov, de quien seguramente conocen su historia clínica, como líder de transición, susceptible de mantenerse tres o cuatro años y de preparar la sucesión por etapas. Pero este argumento visiblemente no ha funcionado, porque la salud de Andropov se ha revelado débil en la prueba del poder y, desde hace algunos meses, los soviéticos se dan cuenta de que en el Kremlin no hay ya «khoziaia», maestro. Por cierto, él puede reaparecer, o ser reemplazado por otro anciano menos enfermo, pero la imagen y la credibilidad de los «once» del actual Politburó están gravemente comprometidas. La URSS vive desde entonces en la espera y en la incertidumbre, y en este punto los testimonios que nos llegan de Moscú son formales. También el discurso sobre los cambios que puede o debe traer consigo la renovación de las generaciones —y en Occidente se habla de ella desde hace un cierto tiempo—, ya no es tan abstracto como hasta hace poco; se desprende, por el contrario, de una actualidad candente.

8) La regla de oro, confirmada por toda la experiencia de la Europa del Este, es que la política retoma sus derechos en la sociedad cuando una división en el seno del *establishment* se vuelve perceptible y, por así decir, pública. En estas raras ocasiones, cuando los dirigentes están obligados a definirse y aun a contradecir a sus camaradas, los escalones inferiores no temen ya tomar la palabra, y la población, comenzando por los intelectuales y los jóvenes, sigue su ejemplo. Desde este punto de vista, las crisis de 1956, de 1968 y aún de 1980, a pesar de sus diferencias de tiempos y de lugares, son, no obstante, muy instructivas. Por otra parte, también en la URSS, el período de lucha entre Krushev y el «grupo antipartido» ha favorecido enormemente el «deshielo» y ha facilitado, en el plano cultural, una ruptura con el maniqueísmo doctrinal de la época precedente.

Es en esta óptica como conviene entonces interrogarse sobre la diferencia entre la generación de los «mayores» quienes, por la fuerza de las cosas, están a punto de abandonar el poder, y la que recibirá la sucesión. La generación saliente ha sido, en mi opinión, más homogénea no tanto porque está más próxima de la ética de la revolución de Octubre, sino por estar unida, para lo mejor y para lo peor, en su participación en las grandes purgas estalinistas y también en la Segunda Guerra Mundial. Vuelvo sobre la importancia de este pasado —y más particularmente sobre la tragedia del Gulag—, porque los responsables de entonces no han podido explicarlo nunca, ni evidentemente asumirlo, a pesar de la imposible tentativa de concentrar la censura en el «alma enferma» de Stalin. No habiéndose atrevido a pretender que el recurso masivo a la mano de obra de los campos de trabajo había sido necesario para frenar el retraso económico del país y prepararlo para la guerra (menos aún cuando el mismo método se ha empleado después de la victoria), se han contentado entonces con rehabilitar a las víctimas individuales, recurriendo, con la ayuda de la censura, a una sabia dosificación (se lo ve a propósito del último libro de Yuri Trifonov), que tenía el fin de impedir que la población adivinase que se trataba de un fenómeno de una amplitud inaudita. Por otra parte, cada dirigente, de Krushev a Brezhnev (y, en me-

nor medida, a Andropov, que no ha llevado uniforme), insistía en sus méritos durante la guerra, como si sólo en el campo de batalla hubiesen ganado sus únicos méritos válidos para gobernar el país.

Ahora, casi cuarenta años después de la victoria y treinta años después de la muerte de Stalin, sube a escena un relevo que no ha hecho la guerra y que, en su inmensa mayoría, no tiene las manos manchadas por la sangre de las víctimas de la represión. Por cierto, se me podrá objetar que el Gulag no ha desaparecido nunca en absoluto del paisaje soviético y que el reino de la «legalidad socialista» anunciado por el XX Congreso del P.C.U.S. sigue tardando en venir. Pero, en mi opinión, los que no hacen diferencia entre el terror de masas y una represión selectiva, limitada en número y a veces hasta superada por intervenciones externas o internas, pierden de vista uno de los elementos más importantes del comportamiento de la población soviética (y además de toda la Europa del Este). Un soviético «normal» no teme la visita de la KGB a la hora de la llegada del lechero; la conciencia de un cuadro medio del Estado no está ya atormentada por la idea de los camaradas o de los desconocidos que habría denunciado a los «órganos», porque los que procedían a una redada de «enemigos del pueblo» o simplemente tenían necesidad de algunas decenas de millares de prisioneros para construir un puente o una carretera. Este cambio cuenta en la vida de los unos y de los otros y, por mi parte, lo compruebo en todos mis contactos con los soviéticos, sobre todo los jóvenes. Estos se mantienen prudentes y evitan los riesgos de la política —debo repetirlo—, pero no experimentan el sentimiento de fatalidad y de impotencia tan difundidos en tiempos de Stalin.

Por otra parte, esta generación ascendente, que no está ligada por la complicidad con el mal, no es homogénea tampoco en su interpretación de los intereses de la clase dirigente, ni de los del conjunto de la sociedad. El régimen soviético está fundado sobre la fusión del poder político y del poder económico, es verdad, pero en la práctica ello no ha impedido una fuerte diversificación y aun la incompatibilidad de los intereses en el seno de uno y otro de estos poderes. Sabemos perfectamente que la economía soviética no funciona como una única fábrica centralmente planificada, de igual forma que el P.C.U.S., en todos los niveles, no está compuesto de militantes totalmente solidarios y que se refieren a una sola ideología. Guardémonos entonces de la simplificación que consistiría en creer que esta sociedad está dirigida por un solo «comité de asuntos» de su clase dirigente. En el seno de ésta, la diversidad de necesidades y de actitudes, aunque no expresada con toda claridad, no es menos importante que en la burguesía occidental. En la URSS, como en todas las otras sociedades de clases, existe una conflictividad social, y no es para nada utópico creer que ella puede producir una división en el seno de la nueva generación en el poder, que deba asumir la muy pesada herencia política, económica y social, dejada por los dirigentes salientes.

9) Durante el período del «revisionismo» de los P.C. del Este, entre el XX Congreso del P.C.U.S. en 1956 y la invasión de Checoslovaquia en 1968, muchos políticos veían una especie de desdoblamiento del partido en el poder, copiando un poco del modelo americano, en el que demócratas y republicanos presentan programas diferentes pero sin poner en cuestión las estructuras y el sistema de propiedad. Una reforma tal no ha sido propuesta oficialmente y tampoco parece realizable hoy, sobre todo en la URSS. La menciono únicamente como el reflejo de la perplejidad de los comunistas en el poder que se daban cuenta, en su fuero interno, de que una alternancia de los equipos gubernamentales podría mejorar el funcionamiento del sistema y permitir integrar en él, por mecanismos flexibles, a los trabajadores. Pero habiéndose cumplido hace mucho tiempo la hora del «revisionismo» en los P.C., no creo ya que mediante la rotación de las generaciones en el Kremlin pueda surgir un buen líder o una buena «dirección colegiada», capaces de democratizar el país acordándole la palabra, cualquiera sea la manera, y poniéndose a la escucha de las necesidades de la población.

En cambio, las divisiones internas en la cumbre, muy probables en períodos de interregno, son susceptibles de provocar movimientos sociales que escapan a la esfera del poder y ejercen una presión eficaz sobre él para imponerle cambios. Es un razonamiento que se funda en las analogías con los acontecimientos de Checoslovaquia o de Polonia, y ya he dicho que aquéllas no «se ajustan» nunca del todo en la URSS. Pero, a falta de mejores hipótesis, ésta no debe ser descartada. Como lo he podido comprobar en Polonia en 1980, el hecho es que en estas sociedades en que las industrias son aún pre-modernas y se componen de fábricas gigantes que emplean cientos de miles de obreros, una simple chispa basta para provocar una coagulación de lo que Sartre llama «los grupos en fusión», y producir agitaciones muy difíciles de contener.

Desde luego, en mi argumento privilegio el terreno social, en relación con el de las luchas nacionales, aunque sepa, como todos los otros observadores de la URSS, que el ascenso de los nacionalismos es en ella mucho más perceptible que el de las reivindicaciones obreras. Pero en este punto comparto la convicción de Leszek Kolakowski: no podemos desear la explosión de los nacionalismos, que se traduciría por el progrom de los judíos en Liev o por la masacre de los rusos en Tachkent.

10) Una última nota. La URSS es diferente de las democracias populares porque es un país soberano y su clase dirigente, contrariamente a la de sus satélites, puede recuperar de una manera creíble los valores nacionalistas rusos. Stalin lo ha hecho tanto durante la Segunda Guerra Mundial como durante la guerra fría (basta recordar a André Jdanov proclamando que los Popov habían inventado todo en la ciencia y en la cultura). El equipo dirigente del Kremlin, sobre todo si sobreviene una nueva guerra fría, inevitablemente buscará, entonces, hacer un llamamiento a la retórica chauvinista y reforzar de nuevo su control sobre la población. Por el momento, no suscribo en absoluto la hipótesis de Castoriadis, según la cual la URSS está gobernada ya por la «estratocracia», y militarizada en función de una conquista armada del mundo. Igualmente, no creo tampoco en el efecto milagroso de las «armas de la paz», es decir, en una distensión cueste lo que cueste. No es fácil «comprar» los cambios internos en este país a través de créditos en dólares, pero no es tampoco realista quererlos obtener mediante una carrera de armamentos y la amenaza de los misiles. Para mí, como por otra parte para toda la izquierda, el solo hecho de que la URSS sea un imperio constituye un «mal» que desacredita las ideas del socialismo y pasa sobremanera sobre los destinos del movimiento obrero en el mundo. Pero mucho desconfío de quienes consideran a la URSS como «el imperio del mal» —cuando ellos mismos pertenecen a un imperio compuesto de dictaduras aún más bárbaras. Comparando a los soviéticos con los nazis, y ofendiendo con ello sus sentimientos, hacen el papel de aprendices de brujos. Esta política es puramente farisea, porque pretende ayudar a la democratización de la URSS cuando ella constituye un obstáculo. No sirve, en realidad, más que para impedir todo progreso de la libertad y de la justicia en Occidente, en nuestro propio campo, que no es tampoco de tal modo ejemplar. Ahora bien, no es renunciando a nuestra batalla por el socialismo —en nombre de una lucha prioritaria contra la «amenaza soviética»—, como llegaremos a hacer a este país menos «peligroso» o como contribuiremos a su democratización. Por el contrario, a la hora de los posibles cambios en el Este, comprendida la URSS, debemos hacer todo por rehabilitar un conjunto de ideas de izquierda, cuyo relevo en estos países es, en gran medida, necesario para su propio combate.

Traducción: Mario Merlino

Ponencia presentada en el simposio *El Sistema Soviético hoy*, organizado por la Fundación Pablo Iglesias, en Madrid. Diciembre de 1983.